

TRIBUNA | ANTE EL PROCESO DE PAZ (V)

Hay en toda esta historia de la tregua de ETA y de la posterior actuación de los políticos una cuestión que a mí me parece crucial y a la que dudo mucho que se preste la atención adecuada. Se trata de la opinión y el parecer del ciudadano y la ciudadana de a pie, que en definitiva constituyen la inmensa mayoría de la sociedad. Periodistas, políticos y pensadores en general del asunto pierden con frecuencia la perspectiva correcta para calibrar la opinión de la ciudadanía. Atentos como estamos al carraspeo del líder de turno, llega a preocuparnos el color de la chaqueta que lucía hoy su adversario y escudriñarnos con sorprendente interés el porqué del silencio de su compañero de partido. Hemos hecho de la exégesis nuestra actividad —y obligación— vital.

Y claro, las cosas no son así para la gran mayoría. Aceptando, también mi relativa falta de perspectiva (por mi comprobada incapacidad de abstracción e inhibición respecto a cualquier minucia relacionada con el problema) debo decir que, en general, la gente de la calle se muestra mucho más relajada y optimista a partir de la declaración de alto el fuego de septiembre. Fue cierto el sentimiento de esperanza que anidó en el personal y creo que todo el mundo giró entonces la vista hacia los partidos políticos musitando «ahora es nuestro turno, no nos falléis». Posiblemente nadie tenía demasiado claro qué era lo que había que hacer pero todos éramos conscientes de la enorme responsabilidad que se depositaba en nuestros líderes políticos, salvando, claro está la voluntad de quien tenía en su exclusiva mano la opción de volver a las catacumbas de la violencia.

Así las cosas, desde la distancia que separa al ciudadano normal de los sobresaltos propios del acontecer político diario, no hizo falta mucho tiempo para percibir que algo no marchaba bien entre nuestros representantes. Decía y dice el

El autor eleva su voz desde el corazón de lo que se denomina sociedad civil para denunciar la excesiva crispación de la escena política. Un nivel de enfrentamiento que, a su juicio, no se corresponde con el sentir real de los ciudadanos.

La mirada del ciudadano

TXEMA URKIJIO

camarero que me sirve el cafelito de la mañana que no entiende lo que pasa. Muestra su perplejidad y enumera con tono quejoso: «Cuando parecía que habían de entenderse todos para acabar con esto definitivamente es cuando más “estopa” se dan. Hemos vuelto a lo que había hace más de doce años. PNV y PSE han estado gobernando juntos un porrón de años y ahora apenas se hablan y no se entienden. Aznar dice que está esperando a que ETA designe sus interlocutores para hablar con el Gobierno y simultáneamente sus chicos del PP de Euskadi dicen que no van a hablar con HB mientras no condenen la violencia callejera y las amenazas. ¿Se puede hablar con los de las pistolas pero no con los que se supone que les apoyaban? El PNV y EA van casi a la cama con HB apenas dos días después de que les quemen el batzoki y claro, con el PP justo el saludo. En esa historia de Lizarra dicen que tiene que participar todo el mundo, incluso el PP y PSE, pero luego no hacen nada para arreglarse con ellos. Y el periódico... mejor pasar a las páginas de deportes directamente, porque para leer cómo se echan los trastos a la cabeza unos y otros...»

Mi camarero, pese a todo, no cree que la sociedad esté enfrentada, ni dividida más allá de lo que lo estaba antes de septiembre de 1998. Su relación habitual con los parroquianos le ha permitido llegar a la conclusión de que los líderes de los partidos no están conectando con sus bases totalmente; o mejor dicho, que algunas gentes del PNV empiezan a sentir hastío de lo que hacen sus burukides; como tantos muchos votantes populares y socialistas tampoco alcanzan a entender el escaso entusiasmo y disposición que muestran sus líderes hacia el diálogo y el entendimiento con los demás partidos; y aunque menos, también algún hachebero se le ha acercado para confesarle los problemitas que tienen con algún chavalín de los del spray y el cóctel. Tras escucharle con atención creo que, a pesar de cierta decepción en su rostro, sigue convencido de que llegará la paz definitiva.

Poco más puedo añadir yo. Con-

jugar las expresiones verbales «haber que» o «tener que» es algo demasiado fácil y cómodo, pero tal vez necesario para contribuir a avanzar en el camino iniciado. Dirigido a los partidos políticos, hay que asumir la responsabilidad de trabajar para conseguir consensos y espacios básicos de acuerdo. Ello sólo se consigue a través de un diálogo sincero y basado en la confianza. Me temo que son aspectos que hoy por hoy no existen entre ellos. Tienen que comprender que estamos ante un proceso, lo que significa tiempo y avance gradual, además de una cierta dosis de paciencia. No se puede generar un clima de crispación dialéctica permanente que simule un enfrentamiento inexistente en la sociedad. Hay que mantener la perspectiva y la referencia de la ética en las actitudes y los comportamientos políticos, lo que implica, entre otras cosas, no rebajar el nivel de exigencia frente a lo que es inaceptable desde cualquier punto de vista. Hay que aceptar el compromiso de colocar el interés general como objetivo fundamental de los partidos e institu-

ciones, relegando intereses partidistas a un segundo plano aunque ello conlleve sacrificio. No se puede continuar poniendo excusas para no dialogar. Hay que aceptar la legitimidad democrática de todos y ser valientes para avanzar,

que eso es hacer política con mayúsculas. Tienen que ser capaces de mantener la ilusión y la esperanza en la ciudadanía...

Mi amigo el camarero asiente pero mira de reojo al concejal que acaba de entrar en el bar y una mueca de escepticismo aparece en su rostro.

Txema Urkijo es miembro de la permanente de Gesto por la Paz.

*Hay que mantener
la referencia ética
en las actitudes
y los
comportamientos
políticos*